

El Cuenta Gotas

IV Premio
DE NARRATIVA
Infantil
2014



FUNDACIÓN CANAL
Canal de Isabel II



Mateo Inurria, 2. 28036 Madrid
www.fundacioncanal.com

Edición 2014

GANADOR
EL río del señor Martín
PURIFICACIÓN MENAYA MORENO

IV Premio
DE NARRATIVA
Infantil



El Cuenta Gotas

ACCÉSITS

Las travesuras de Rupe

LOURDES ASO TORRALBA

Cruzar

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

Nadia y el aventurero

pez con patitas

MARTA GOLDAR LÓPEZ

Los aviadores

AMPARO LÓPEZ PASCUAL

JURADO

Victoria Chapa Eulate

Luis Alberto de Cuenca

Cecilia Gandarias Tena

Cristian Ruiz Orfila



ILUSTRACIONES

Inés Sánchez Nadal

La Fundación Canal convocó en mayo de 2013 el III Premio Internacional de Narrativa Infantil El Cuentagotas con el fin de impulsar la creación literaria y el gusto por la lectura a través de obras de calidad que fomenten el respeto al medio ambiente en general y al agua en particular, fiel a su misión de fomentar la cultura del agua.

La infancia es una etapa clave en la educación y el desarrollo de los individuos, por lo que promover la sensibilidad cultural y medioambiental es una inversión a futuro y una prioridad para la Fundación. El Cuentagotas aúna ambos propósitos al centrar su premio en relatos cortos, escritos en español, dirigidos a menores de entre ocho y doce años, y con el agua dulce como protagonista.

Un jurado especializado en literatura infantil es el encargado de elegir un manuscrito ganador y cuatro accésits. Con motivo del Día Mundial de la Infancia, la Fundación presenta esta publicación en papel y también en formato electrónico, con los cinco relatos premiados, que llegarán gratuitamente a todos los centros de enseñanza, bibliotecas y centros culturales de la Comunidad de Madrid, y con la posibilidad de descargarse la publicación desde la página web de la Fundación.

Con el deseo de que El Cuentagotas sea fuente de inspiración y entretenimiento familiar, queremos animarles a que se descarguen su ejemplar, lo difundan y hagan suyo nuestro lema «El agua es cosa de todos».

Fundación Canal

NOVIEMBRE 2014

7

El río del señor Martín

PURIFICACIÓN MENAYA MORENO

23

Las travesuras de Rupe

LOURDES ASO TORRALBA

33

Cruzar

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

41

Nadia y el aventurero pez con patitas

MARTA GOLDAR LÓPEZ

53

Los aviadores

AMPARO LÓPEZ PASCUAL

El río del señor Martín

PURIFICACIÓN MENAYA MORENO

Lo que más le gustaba al señor Martín cada tarde era acercarse al río, quitarse los zapatos y los calcetines y poner a remojo sus pies en las aguas fresquitas. Con los pantalones remangados caminaba sobre los cantos rodados, sentía su dureza lisa o puntiaguda en sus pies descalzos. Después de pasar todo el día encerrado en una oficina gris, entre papeles y un ordenador, regresaba al río, como cuando era niño.

Con los pies mojados se sentaba en la orilla y pensaba. No pensaba en nada concreto, dejaba que los pensamientos vinieran y se marcharan de su cabeza como una brisa de primavera. Y se quedaba con los pies frescos y la cabeza aireada, aspirando el aroma de los tamarices a su alrededor.

Quienes lo miraban desde el puente, pensaban «Está loco».

Y también: «Es un vagabundo».

Aunque les extrañaba su traje impecable y su elegante sombrero bien calado en la cabeza. Claro que, en realidad, pocos se daban



cuenta de que el señor Martín estaba ahí abajo, pues pasaban tan deprisa que ni lo veían. En coches, en autobús, en tranvías atestados o caminando con grandes zancadas, todos cruzaban el puente corriendo para hacer sus tareas. Eran personas muy ocupadas, con asuntos importantes que atender. No tenían tiempo para contemplar a ese tipo raro que se remojaba los pies en el río.

El señor Martín saboreaba esa deliciosa sensación de ser transparente. No solo en el río, le pasaba también en la calle, cuando se cruzaba con aquellos que corrían de un lado a otro sin que nadie pareciera verlo. Hasta lo empujaban o le daban codazos y ni una disculpa salía de sus labios. Eran personajes tan ocupados que ni siquiera veían a las otras personas, ni las calles, ni los árboles que los rodeaban. Solo los niños veían al señor Martín. Los niños lo ven todo. Martín les sonreía. Y recibía a cambio una sonrisa de dientes de leche, con ojos tímidos o atrevidos pero que no se perdían detalle. Los mayores los arrastraban, tirándoles de la mano:

—¡Venga, nene, no te entretengas! que vamos a llegar tarde!

Había algo especial en el señor Martín que atraía a los niños. Ese algo no estaba en su traje que era igual al de otros señores de la ciudad. Tampoco estaba en su sombrero, gris y aburrido. Seguramente era que el señor Martín y los niños tenían muchas cosas en común: la sonrisa, los ojos observadores, los sueños, los pies en el río, el tiempo suspendido...

Los niños no saben lo que es el tiempo. Su mundo se expande en el vuelo de una pelota. Sus cuerpos levitan con los susurros de un cuento de fantasmas. La risa los despeina al escuchar los graznidos de los patos que suenan como trompetas. El señor Martín sabía bien que el tiempo vuela y no se deja atrapar. Pero era capaz de disfrutar de cada migaja de un momento como si fuera un enorme pan de pueblo.



El señor Martín reservaba cada tarde un rincón de tiempo para sí mismo. Ese pequeño tesoro lo compartía con los niños.

La primera vez que Marta lo vio, con los pies metidos en el río, se apresuró a imitarlo. Arrojó impulsivamente sus zapatillas en la orilla, se despojó de los calcetines y chapoteó en el agua, a su lado. El señor Martín sonrió:

—¿Cómo te llamas?

—Marta —contestó la niña —, ¿y tú?

—Yo soy el señor Martín.

Delante de ellos, entre los cañaverales, apareció un pájaro azulado y blanco. El señor Martín se llevó el dedo a los labios para que Marta guardara silencio. La chiquilla aguantó hasta la respiración.





El pájaro observaba el río desde una rama de mimbrera. De repente, se lanzó en picado, metió la cabeza en el agua y remontó el vuelo con un pez en el pico. Marta aplaudió entusiasmada.

—¡Bien por el martinete! —aplaudió también el señor Martín.

—¡Martinete! —exclamó la chica—. Ese pájaro es hijo tuyo, ¡el hijo del señor Martín tiene que llamarse Martinete!

—¡Ja, ja ja!, entonces ese de colores debe de ser mi hijo pequeño: es el martín pescador —dijo el señor Martín señalándole un pajarillo de colores muy vivos: azul, rojo, y blanco. Pasó como un suspiro delante de ellos y voló a esconderse en la espesura del soto del río.

A Marta se le unieron Clara, José y el pequeño Toni, que aún llevaba chupete. Y después Susi y David. Todos se quitaban los zapatos y metían los pies en el río como el señor Martín.



El señor Martín sabía los nombres de todos los habitantes del río: la libélula, la carpa, la tortuga, la rata de agua, el cormorán, la garza... Los niños aprendían también sus costumbres de la mano del señor Martín. Juntos echaban trocitos de pan duro y los peces acudían a comer. También la pata con sus patitos venía a disfrutar de semejante festín. A los niños les gustaba cazar ranas y, después de oírlas cantar, las soltaban. Una tarde Marta dijo:

—Chicos, somos una pandilla, ¡la pandilla del río!

—¡Mejor seremos un club! —aprobó José.

—Un club tiene que tener un buen nombre... —apuntó Clara.

—El Club de los Pies Descalzos —dijo David tocándose un pie con la nariz.

—Mejor, el Club de los Pies a Remojo —dijo Susi.

—No, tiene que ser más emocionante: ¡Los Piratas de los Pies a Remojo! —exclamó Clara agitando una rama que era su espada.

—¡Eso, eso, piratas! —gritaron todos saltando y dando volteretas.

Ese fue desde entonces el nombre de su club: Los Piratas de los Pies a Remojo. Un nombre secreto que solo conocían los piratas y el señor Martín.

Porque a las mamás y a los papás no les gustaba que se acercaran a la orilla. Para ellos el río solo tenía inconvenientes:

—Si os mojáis los pies pillaréis un resfriado.

—Cuando jugáis con el barro os mancháis la ropa.

—Además es peligroso, ¡podéis ahogaros!

Sin embargo, para los niños el río era un paraíso: los pies libres de los zapatos, tirar piedras al agua, pintar con barro en las rocas, los animalillos para jugar, el olor a pez... Y el peligro, ¡qué tontería! En la orilla no cubría, imposible ahogarse. Así que cuando los papás se despistaban charlando en el banco del parque, Los Piratas de los Pies a Remojo escapaban con el señor Martín.

Algunas tardes cazaban caracoles para hacer carreras. Pero los caracoles pronto les aburrían: los moluscos se encerraban en su concha a mitad de carrera o se subían por el tallo de los juncos... Entonces Los Piratas de los Pies a Remojo se enfadaban con los caracoles y el señor Martín les decía:

—Los caracoles son como vosotros. Siempre hay alguien diciéndoles lo que tienen que hacer, pero luego hacen siempre lo que quieren.

—Los martinetes —les explicó una tarde el señor Martín— hacen sus nidos entre las cañas. En ellos ponen sus huevos. Y nacen pequeños pollos de plumas suaves. Los martinetes son como papá y mamá. Los pollos sois vosotros, no dejáis de piar para que los papás os den de comer y os presten atención. Dentro de un tiempo, vosotros seréis también papás y mamás.

Al oír aquello, Los piratas abandonaron sus espadas y comenzaron a jugar a los martinetes. Hicieron nidos, dieron de comer a sus hijitos y les enseñaron a volar.

—Hay que tener cuidado con los cangrejos —dijo el señor Martín cuando descubrieron los rojos crustáceos—. Esas pinzas son peligrosas. Pero si los sujetáis por la cola, nunca os harán daño. Algunas personas son como cangrejos —continuó el señor Martín—. Pueden haceros mucho daño. Pero todas las personas tienen una cola por donde puedes agarrarlas. Solo tenéis que callar y observar, y así encontraréis el punto por donde sujetarlas.

Algunas tardes de verano el señor Martín escuchaba el croar de las ranas:

—Los ruiseñores y los jilgueros son los tenores de la naturaleza. Pero escuchad las ranas: ellas son la música popular, la que cualquiera de nosotros podemos entonar. Nunca dejéis de cantar. Las canciones nos alegran el corazón.

Entonces los niños empezaron a cantar:

¡Piratas, piratas,
con puños y patas,
los pies a remojo
y mucho arrojo!
El río es una fiesta



con juegos y animales,
no nos gusta la siesta
ni ser chicos formales.

Cantamos por el día
alegres melodías,
cantamos por la noche
¡gritando a troche y moche!

A todos les gustaba mucho observar a los cormoranes.

—Los cormoranes —dijo el señor Martín— pescan sumergiéndose de cabeza en el río. Luego abren las alas en cruz y dejan que la brisa las seque, para volar mejor. Yo soy como un cormorán: me mojo los pies y con las piernas abiertas dejo que se sequen al aire. Así, luego ando mucho mejor.

Al oír esto, Los Piratas de los Pies a Remojo se metieron en el agua, pescaron renacuajos hundiendo sus brazos en ella y, al salir, los agitaron como si fueran alas gritando:

—¡Somos cormoranes, somos cormoranes!

Y se quedaron muy quietos en la orilla, con los brazos en cruz, mirando el río.

Los días pasaron y los meses y también los años. Los martinetes siguieron haciendo sus nidos en los cañaverales. Los cormoranes secaban sus alas al sol. Los cangrejos mostraban amenazadores sus pinzas coloradas. Los Piratas de los Pies a Remojo crecieron, se hicieron más altos que el señor Martín. Dejaron de tirar piedras y de pintar con barro; ya no cazaban caracoles, ni ranas. Como el agua turbia del río, sus ojos se volvieron soñadores. La ciudad empezó a llamarlos desde los callejones, con músicas y murmullos de misterio. Sus cuerpos dieron la espalda al río. Como cada tarde, el señor Martín dejaba volar sus pensamientos mientras sus pies se secaban al aire. Aquellos jóvenes se marcharon, otros niños llegaron. La vida del río era así.

Con el tiempo, Marta consiguió un empleo en otra ciudad. Al principio se sintió sola. El trabajo la absorbía, los días eran largos en la oficina. La ciudad la arrastró con sus prisas: en las calles solo recibía codazos de gentes que ni la miraban, su cuerpo era zarandeado en vagones de metro malolientes y en autobuses atestados. Una tarde, al pasar el puente, escuchó la llamada del río. Se



sintió atraída por su canción susurrante, por su olor a pez. Bajó corriendo a la orilla. Se quitó apresuradamente los zapatos. Lanzó los calcetines sobre su cabeza. Metió los pies en el río. La pirata dormida en su corazón latió de nuevo con fuerza. Una sonrisa brotó en su rostro.

Un niño se acercó a ella y se descalzó, chapoteó en el río.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el niño.

—Martina —contestó Marta—, soy la señora Martina.

Aquella misma tarde la señora Martina se compró un sombrero.



Las travesuras de Rupe

LOURDES ASO TORRALBA

Esto sucedió cuando aún era primavera y Manolo, el sol, se echó una siesta demasiado larga. Rupe, la nube, se desperezó toda ella, estiró primero un brazo, después el otro, dio un par de saltos y sonó un trueno tan potente que llegó el ruido hasta la China oriental y la pampa argentina. La nube Rupe se asustó pues no pensaba hacer tanto ruido. Y también se asustó porque al mirarse en el espejo del mar Juan se vio fea de verdad. Parecía un erizo con peineta, una culebra con paracaídas o una gallina con tacones. Se le habían desparramado las carnes y, lo peor, se rompieron los cerrojos y se desparramó toda el agua de golpe. Rupe, la nube, miró hacia abajo con curiosidad. Vio la ropa remojada, las ventanas abiertas, las carreteras inundadas y pensó:

—Yo no tengo la culpa. Dijeron «agua». Y agua ha sido.

Era verdad que en Secarral andaban preocupados. Si hasta rezaban a la virgen Limón, al santo Pancho, a la fuente que muerde y

a la nube Sifón. Lo hacían todos los días cuando la campana de la iglesia daba las doce y las cinco. Cruzaban los dedos, miraban hacia arriba y gritaban «agua». Después, por si había que agradecer el favor, vaya, que el grito había llegado donde tenía que llegar, dejaban algunas magdalenas recién hechas, pastel de manzana, cordero asado y tomates abiertos por la mitad. Al día siguiente no había ni agua ni manjares porque la niña Mila se los había tragado casi sin masticar. Como decían que era medio tonta y que los gritos le entraban por un oído y le salían por el otro, nadie le echaba la bronca. La niña Mila no hacía milagros, casi siempre iba sola y era capaz de hablar con las hormigas. Dejaba aroma a lilas por el camino.

Pero aquel día de la tormenta se puso debajo de las faldas de la señora Pascuala y no había forma de sacarla de allí. En Secarral no había caído granizo nunca antes y vaya usted a saber qué pensó la niña Mila que era aquello. Le costó un buen rato que se le pasara el susto. La señora Tesita le enseñó la palma de la mano abierta y sobre ella varias bolas blancas.

—Son como canicas —le dijo.

Y la niña Mila las atrapó para hacerlas rodar. Después se las llevó a la boca y le parecieron frescas. Solo más tarde jugó a juntarlas en un montón para hacer un muñeco de granizo. Al principio parecía que el muñeco estaba pasando el sarampión, lleno de granos por todo el cuerpo. Pero agarró un estropajo para lavar los platos y salió corriendo. Si frotaba suave con él al muñeco, le quedaba una piel tan fina como la seda. Le colocó unas cerezas a modo de botones. En la cabeza le puso un enorme sombrero de paja con un lazo rosa. Pegó dos aceitunas negras para formar los ojos, una fresa por nariz y una rodaja de melón en la boca. La calzó con dos berenjenas y solo después le puso nombre.

—Te llamarás Chelo, la de hielo, y serás mi amiga.

—Vale, Mila, la lila. Seré tu amiga.

A Mila le pareció normal hablar con la muñeca. Lo hacía con las piedras del suelo, con el burro Justo, con la gallina Pollina, con el cuervo Nuevo y hasta con la escoba Victoria. Lo que Mila no había pensado era en el mes del año en el que estaba. El calor desharía a Chelo, la de hielo, en cuanto Manolo, el sol, terminara su siesta. Agarró el carrito de la compra para que Chelo se sentara encima y así poderla meter en casa. Claro que si la señora Pascuala y la señora Tesita no le habían reñido, su madre no paraba de gritar.

—Vas a llenar todo de agua. Vas a llenar todo de agua. Saca eso fuera.

La niña Mila se echó a llorar. No le había gustado que su madre llamara «eso» a Chelo, la de hielo. Y menos aún, que siendo su amiga, no las dejara estar juntas. Además, Chelo estaba en apuros.

—Ven. Corre. Te meteré en el congelador un rato. No te olvides de respirar. Ahora vuelvo.

A Chelo, la de hielo, le gustó el frío. Estiró la mano y encontró un enorme bote de helado de chocolate. Y se lo comió. Encontró una tarta con nata y se la comió. También se comió un bizcocho de tres pisos porque se aburría de esperar. Después tuvo que sentarse porque le dolía la barriga. Tenía forma de balón de fútbol y se le saltaron las cerezas. No hubo forma de adivinar dónde habían caído. Sin botones, le daba vergüenza salir de su escondite, no fueran a decirle que se vistiera bien.

Chelo, la de hielo, no escuchó a Mila, la lila, llegar corriendo por las escaleras. Abrió la puerta y le dijo:

—Mira lo que te he traído.

A Chelo, la de hielo, el granizado de limón le gustó.

Salieron las dos al jardín. Olía a hierba mojada y a oxígeno puro. Ya se había hecho de noche y tenían un buen rato para jugar. Mila, la lila, había colocado su oso amoroso dentro de la cama, por si entraba su madre a vigilar si dormía.

Chelo, la de hielo, tuvo una idea:

—Vamos hasta el río. Desde arriba, cuando solo soy agua y estoy dentro de la nube, lo veo, pero no me lo imagino. Quiero escuchar qué dice.

—El río hace ruido, pero el agua es transparente. No se puede coger y no sabe a nada —responde Mila la Lila.

—A mí me ha sabido a limón.

—Espabilada. Era un granizado de limón.

—Tonta la última.

—Tonta tú.

Y empezaron a correr hasta la orilla. Chelo, la de hielo, se habría metido dentro, pero le dio miedo deshacerse. Mila, la lila, dijo que estaba demasiado fría. Jugaron a tirar piedras dentro. Escucharon lo de la serpiente Vicente y lo del sapo Nano y se echaron a reír.

—¿Enamorados? ¿Y se dan besos en la boca?

Del río llegaban las voces de las truchas que eran muy cotillas y se lo sabían todo.

—No, hombre, no. Que se han puesto morados de mosquitos.

Eso era verdad. A Chelo, la de hielo, no le mordían, pero Mila llevaba la piel llena de puntos rojos que picaban mucho. Chelo le decía que ella tenía un remedio que no fallaba nunca y le ponía la mano encima hasta que Mila ya no tenía ganas de rascarse.

Y así fue pasando el verano sin que nadie se diera cuenta de que Chelo había llegado para quedarse. Lo supieron un poco más tarde, con los primeros fríos. A Mila no le apetecía salir a jugar a la calle y Chelo terminaba por quedarse en la habitación. Si se les

hacía tarde, a Mila le entraba mucho sueño y se dormía de golpe. Por más que Chelo intentaba despertarla, era como mover un rascacielos. Y empezó a quedarse con su amiga, a meterse en la cama y a dormir abrazada a ella porque nunca antes la habían querido tanto.

Ocurrieron dos cosas. La primera que Mila enfermó mucho. Una mañana se despertó con mucha fiebre, con mucho frío y con mucha agua dentro de la cama. Su madre gritó llamando al médico. «Más deprisa», decía.

El médico llegó enseguida. Puso a Mila el termómetro en la boca y lo sacó. Dijo que no podía ser. Escuchó los pulmones que gorgoteaban como si dentro hubiera anidado una bandada de cuervos. Dijo qué mala cosa era la enfermedad. Que debería guardar cama quince días, tal vez veinte o treinta. Que tendría que tomar pastillas azules por la mañana, rojas al mediodía y amarillas por la noche. Sin olvidar ninguna. Chelo se asustó al ver a su amiga tan morada, pero el doctor parecía ya más tranquilo.

La segunda cosa que ocurrió fue que Chelo también se puso mala. No se había contagiado con lo de los pulmones, pero también era cosa grave la suya. A Chelo, la de hielo, se le empezaba a deshacer el hielo. Ya era tiempo de encender los radiadores y eso le sentaba demasiado mal. Se mareaba, tenía ganas de vomitar y muy pocas ganas de jugar. Miró hacia arriba, donde estaba la nube Rupe y desde donde su madre (lo veía perfectamente) le agitaba el brazo para que volviera ya.

Chelo, la de hielo, era lista. Tenía que despedirse.

—Verás, Mila, me tengo que ir de viaje. Lejos. Pero te prometo que volveré —dijo.

A Mila no le gustó nada escuchar aquello.

—¿Adónde vas? ¿Puedo ir contigo? —suplicaba.

—Me voy a la nube Rupe y creo que no puedes acompañarme. Tienes que ponerte buena. Pero, mira, será nuestro secreto. Podremos hablarnos igual. Te dejaré un mapa para que sepas dónde estoy.

Allá arriba todas las nubes parecían iguales. Igual que parecen iguales las mandarinas o las judías verdes. Primero hay que saber qué nube se busca. Después se pueden ver las diferencias; una más alta, más rubia, más guapa, más blanca, más divertida. Mila, la lila, miró el mapa de las nubes y pensó que estaba tan chupado como aprenderse los países de cada continente. Pero después le volvió la pena.

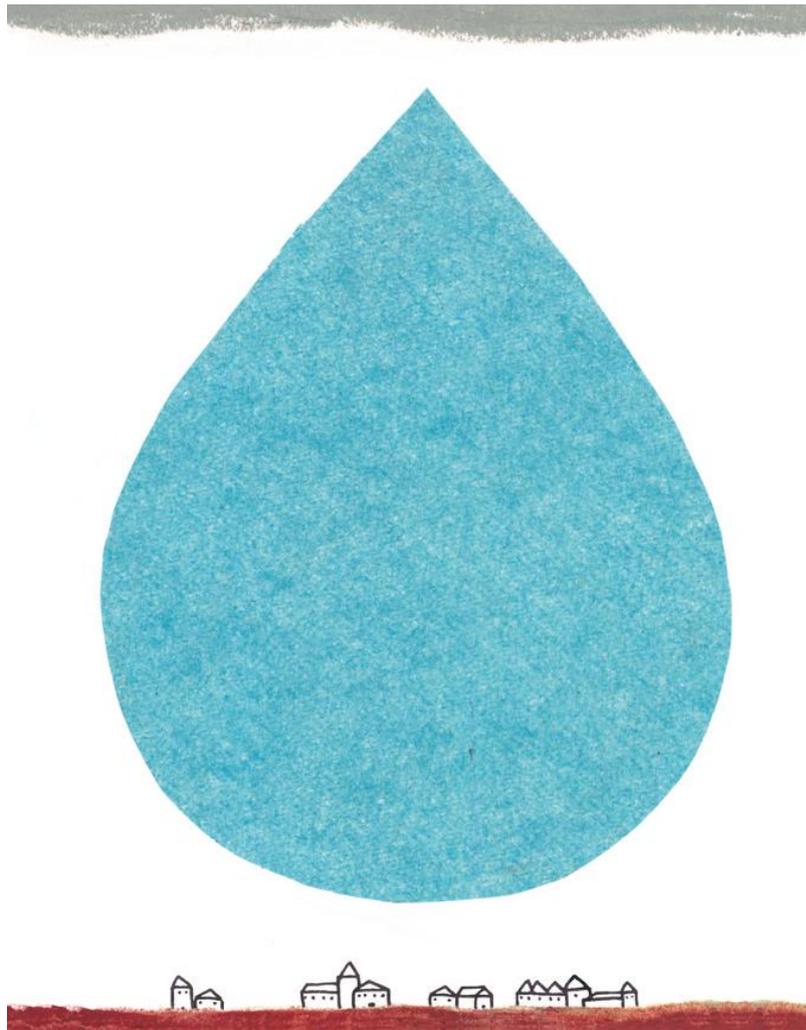
—¿De verdad tienes que marcharte? —preguntó.

—Pues claro. Y lo has estudiado en Conocimiento. Ahora soy hielo; después, agua; me evaporo para subir, y después vuelvo a bajar al río. ¿Ves qué fácil?

—Ya: sólido, líquido y gaseoso. Pero yo quiero a Chelo, la de hielo.

—Volveré en menos de un ciclo. Verás que es verdad.

En Secarral ya no hizo falta gritar ¡agua! para que lloviera. Los campos estaban verdes, los ríos llevaban buen caudal y las fuentes no se secaban nunca. Mila, la lila, volvió a hablar sola, aunque había señoras que decían que tenía un don, el de atraer el agua cuando empezaba a escasear. Cuando tronaba, era la primera en salir y mirar hacia arriba, ya sin mapas, ni brújula, ni ordenador. Decía que la nube Rupe había movido el sillón a la derecha y se había tropezado con el señor Nerón, que regresada a nube Platino. Y se les habían roto los cerrojos. Abajo, la niña Mila preguntaba si el cerrajero de oficio estaba trabajando todavía y si las herramientas que llevaba en los bolsillos, asomando un poco la cabeza por arriba, servirían para arreglar nubes. Lo pensaba, pero no se lo contaba a nadie, no volvieran a decir que se le estaba yendo la cabeza.



Esperaría a que bajara Chelo, la de hielo, y entonces sí, se lo diría todo; desde que el sapo Nano y la serpiente Vicente comían topos ciegos, y si les sobraban, los llevaban al comedor social, hasta que el cerdo Seisdedos olía a colonia y se lavaba en el río todas las mañanas con jabón de espuma y frotaba su piel hasta volverla rosa.

Mila, la lila, contaba estrellas todas las noches y dibujaba palitos cada vez que se acordaba de Chelo, la de hielo. Hacía ya varias semanas que no veía a la nube Rupe. Se había ido de vacaciones y estaría jugando con su tabla de surf cabalgando olas. La había invitado varias veces a subir a su casa y Mila siempre le decía que tenía que pedir permiso. Claro que si lo hacía dirían eso de que se le habían aflojado los tornillos por lo del viaje a la nube.

El día que Mila volvió a ver a la nube Rupe se asustó mucho. Tenía forma de dragón y se le veían muchos dientes. Estaba enfadadísima. Y el ruido que llegó a Secarral no era el de mover una silla, sino el de romper todo lo que tenía a su alcance. Y «todo», quería decir «todo sin excepción». Los rayos prendieron fuego a la carrasca y el agua empezó a cubrir las calles, las casas, el polideportivo. Rompió la carretera y ni en la torre del campanario se estaba a salvo. Mila llevaba un flotador alrededor de la cintura cuando vio a Chelo, la de hielo.

—Ven. Te llevaré conmigo.

Y montada sobre su espalda la elevó por los aires, dejando a su paso una gran estela de luz. Fue después del rayo cuando escuchó el ruido, pero ya estaba arriba, dentro de la nube Rupe que parecía de algodón. Fueron directamente a la habitación rosa y, desde la ventana, contemplaron Secarral.

Ese día hubo muchos desaparecidos. Se los llevó la corriente hasta el mar. Mila, la lila, tuvo mucha suerte. Su amiga la abrazó con fuerza y ocurrieron dos cosas: que Chelo abrió el armario

para prestarle ropa a Mila y que por fin Mila descubrió el secreto del agua. El vestido no era ni de algodón ni de licra. Quizá estaba hecho de vapor o de polvo de estrella. La próxima vez que bajara a Secarral o a cualquier otra ciudad, no necesitaría la ayuda de Chelo, la de hielo, para regresar a la nube. Bajar por el trampolín era divertidísimo, y saltar muy fuerte en la cama elástica para llegar a la puerta de casa (la nube Rupe), más todavía.

Cuando abajo pedían agua, de la nube Rupe partían las dos amigas sin desperezarse. Quedaban abiertas las ventanas y la cazuela en el fuego todavía con las lentejas a medio hervir. Llegaban a tiempo para tomar helado de chocolate, terminar las lecciones y decirse que, sin ellas, mucha gente no podría vivir. Se miraban en el espejo y no se veían ni muy grandes, ni muy hermosas. Mila lo aclaró diciendo:

—Abajo, para nosotros sois como el granizado de limón. Quitáis la sed y las plantas no se mueren.

La señora Matilda dice que allá en la nube Rupe está su hijita, acompañada de millones de gotas; jugando a la comba y muy feliz. Nunca creyó que su amiga Chelo, la de hielo, hubiera dejado que se la llevara la corriente.



Cruzar

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

Os hablaré de un tiempo en el que yo vestía pantalones cortos y devoraba a todas horas bocadillos de chocolate. Un tiempo en el que todavía las tardes me resultaban eternas y aún conseguía dormir de un tirón por las noches. Verano del ochenta y cinco, un tiempo sin preocupaciones, tan lejano que a veces dudo de que hubiera existido realmente.

Esas vacaciones fueron, sin duda, las más felices de mi vida y siempre que las recuerdo llegan puntuales a mi memoria dos personas. La primera de ellas es Nico. Mi hermano pequeño. Apenas catorce meses menor que yo. El mismo color de pelo, la misma altura, pero varios mundos de distancia entre los dos. Nico nació con los pulmones encharcados y tardó muchos minutos en romper a llorar. Su cerebro desde entonces comenzó a ir un poco más despacio que el de los demás niños de su edad. Y, aunque yo solo tenía once años a menudo debía cuidar de él.

⇒ ÍNDICE

—¿Dónde está tu hermano? —me preguntaba mi madre en dichas ocasiones.

—Jugando en la bañera —solía contestar yo, sin saber realmente la respuesta. Pero casi nunca fallaba. Nico se pasaba las horas en la bañera, o deslizándose sus manos bajo el chorro del grifo del lavabo, o saltando en algún charco tras una tormenta de verano. El agua le fascinaba.

La otra persona a quien siempre recuerdo es Javier Rodríguez Marchante, el culpable de que durante aquellos meses apareciera en mi cara con demasiada frecuencia la mueca amarga de la derrota.

Marchante vivía durante todo el año en el mismo pueblo en el que yo veraneaba con mi hermano y con mis padres. Los niños de ciudad éramos su enemigo natural y se hacía casi inevitable que acabásemos enfrentados en cualquier juego. Él defendía su territorio y yo trataba de imponer mi orgullo de habitante de la capital. Ambos lo hacíamos ferozmente, con todo el entusiasmo del que éramos capaces, y, sin embargo, en tres meses yo no había conseguido ganarle a nada. Ni al fútbol, ni a las chapas, ni siquiera al ajedrez. A nada. Recuerdo que solo quedaban un par de días para que se terminaran las vacaciones cuando sucedió aquello que marcó mi vida y la de mi hermano Nico. Yo jugaba al escondite con algunos niños del pueblo, estaba agazapado junto a uno de los pilares del puente, y tuve de pronto la certeza de algo con lo que podía vencer a Marchante.

—Una carrera —le dije. Me había encontrado al fin, pero tardó tanto tiempo en aproximarse a mi refugio que me hizo sospechar.

—Hecho —respondió sin pensarlo. Él corría más rápido, así que yo estaba seguro de que aceptaría el reto.

—A través de todo el pueblo —añadí.



—Vale.

—He dicho «todo el pueblo».

Marchante se dio cuenta en ese momento de qué es lo que le estaba proponiendo. Para llegar al otro lado del pueblo había que cruzar el río y yo había notado que le daba miedo el agua, porque, cada vez que íbamos a bañarnos, él apenas se alejaba de la orilla, y movía los brazos y las piernas de una manera desordenada y nerviosa, como con prisa por abandonar aquel entorno que le resultaba extraño. Yo, sin embargo, nadaba muy bien, y estaba convencido de que la victoria, en esa ocasión, no se me escaparía. Marchante clavó su mirada en mi, tragó saliva, echó un vistazo alrededor y, finalmente, ante los rostros expectantes del resto de nuestros compañeros de juegos hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Está bien, Pedrito, está bien. ¿Ahora?

—Mejor mañana por la tarde —dije—, y me llamo Pedro.

—¿Y no vais a apostar nada? —preguntó otro de los niños del grupo.

—Mi balón de fútbol contra tu coche teledirigido —propuse.

A mí su juguete me daba igual, pero a él le encantaba mi balón y quería ofrecerle un motivo para que no se echara atrás. Nos dimos la mano. Sentí los latidos de mi corazón en cada uno de los músculos de mi cuerpo, me exponía a una derrota humillante o a la más absoluta de las victorias.

Pasé toda la mañana del día siguiente encerrado en mi cuarto, pensativo, imitando el gesto de concentración que suponía propio de los atletas en los últimos segundos antes de una gran final.

Después de comer me puse el bañador y las zapatillas de deporte, respiré hondo y me encaminé hacia la calle. Ya tenía el pomo de la puerta entre mis dedos cuando escuché la voz de mi madre.

—Llévate a tu hermano.

—¿Qué?

Miré a Nico, sus labios brillantes, sus ojos minúsculos al fondo de unas gafas gruesas, su cuello ladeado. Me sonrió. Estaba sentado en el suelo del recibidor. Jugueteaba dibujando con sus dedos sobre las gotas que descansaban en el fondo de un barreño.

—Pero..., pero...

—No hay pero que valga. Todavía tengo que hacer tres maletas y no os quiero por aquí molestando. Te llevas a Nico contigo y punto.

Mi hermano se levantó con lentitud, estiró su brazo hacia mí y me dio su mano húmeda.

Tardamos una eternidad en llegar a la plaza. Nico caminaba con zancadas muy cortas y a cada paso sus zapatos hacían un ruido de gomas viejas que me ponía los pelos de punta.

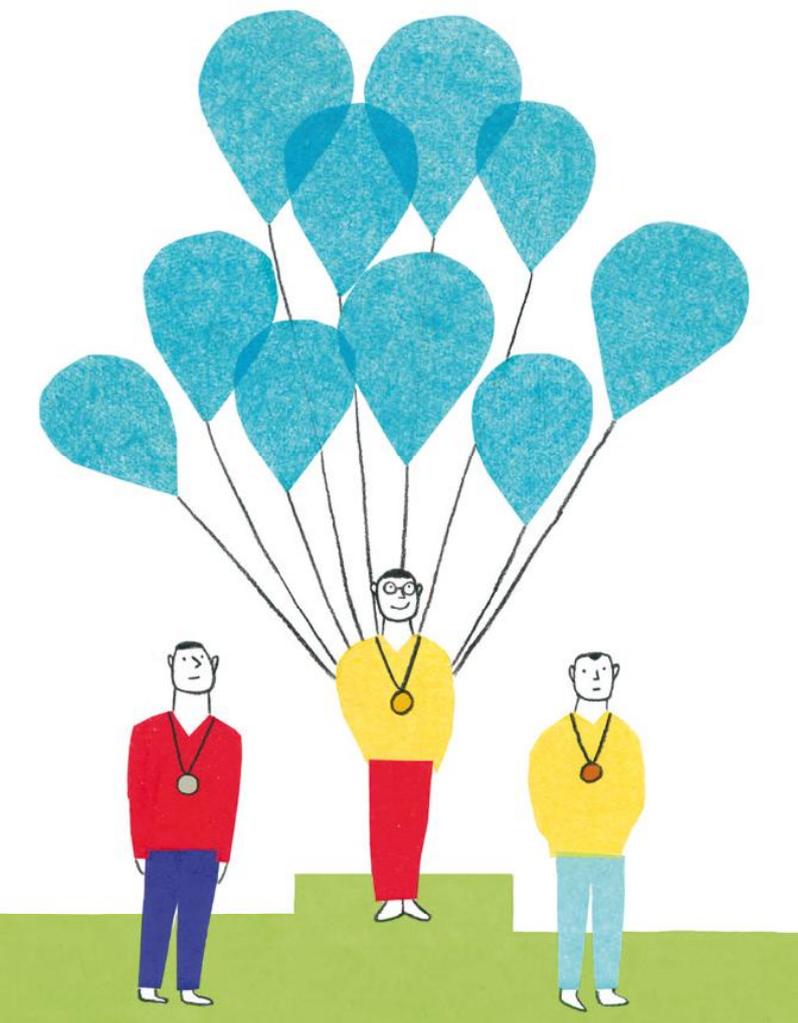
—Llegas tarde —gruñó Marchante cuando nos vio aparecer.

No le hice caso y me volví hacia mi hermano.

—Vale, Nico, quédate aquí un rato —le dije tomándolo por los hombros, acompañándolo hasta un banco de piedra, junto a la iglesia—. No te muevas, que muy pronto regreso a por ti.

Marchante y yo nos colocamos detrás del campanario. Una niña tiró un pañuelo al aire. En cuanto la tela tocó el asfalto de la carretera comenzamos a correr.

Enseguida Marchante tomó mucha ventaja. Demasiada. Corría tan deprisa como yo suponía que iba a hacerlo. El estímulo de mi balón le hacía avanzar más rápido de lo aconsejable, y a mitad del recorrido, como yo imaginaba, comenzó a quedarse sin fuerzas. Cuando llegamos al río apenas me sacaba ya unos pocos metros. Podía sentir cómo rozaba mi primera victoria con la punta de los dedos. Entonces lo escuché.



—Pedroooo...

Era la voz torpe, animosa, envuelta en burbujas, de mi hermano. Estaba en la orilla, junto a todos los demás niños que habían atado por el cementerio para presenciar el final de la carrera. Nico solo decía tres o cuatro palabras al día, de modo que me volví hacia él, sorprendido tanto por su grito como por su presencia allí, y no pude impedir que mi pie derecho golpeará contra una piedra, y que mi pierna izquierda hiciera un giro imposible, partiéndome la rodilla en dos, como si fuera una rama seca. Grité, por el dolor y porque supe de inmediato que iba a perder otra vez. Nico dijo de nuevo mi nombre. Todos los niños corrieron hacia mí. Pero Marchante siguió su camino, ya había comenzado a atravesar el río chapoteando a su manera y no tenía la más mínima intención de dar marcha atrás. Cerré los ojos pensando en la escayola que tendría que soportar durante meses, y en ese momento oí claramente un ruido, el ruido que hace un cuerpo al caer sobre el agua. Cuando abrí los ojos, Nico ya no estaba en la orilla.

—¿Nico? ¡Nico!

Me incorporé como pude. En la meta Marchante daba saltos de alegría. Yo no podía ver a Nico por ninguna parte. Fueron unos segundos terribles, los más angustiosos de mi vida, hasta que Nico asomó su cuerpo al otro lado, cerca del puente. Apoyó sus codos sobre la arena y comenzó a brincar junto a Marchante, celebrando su propia victoria.

No sé cómo se las ingenió para cruzar el río mucho más rápido de como yo jamás lo habría hecho. Y no sé tampoco por qué lo hizo, pero lo cierto es que desde entonces mi hermano no ha dejado de nadar. Ha cruzado incontables ríos y piscinas, ha cruzado por encima de los años y a través de los obstáculos de un mundo que se empeña en ponerle zancadillas. Ha cruzado aguas embravecidas

hasta encontrar un trabajo en una fábrica embotelladora de agua mineral. Y ha cruzado cientos, miles de entrenamientos para poder dar una brazada más, solo una más, para poder rebasar en el último instante al inglés y al sueco, y para ganar ahora, bajo mi aplauso lleno de orgullo, nada menos que una medalla de oro en unas Paralimpiadas. Mi hermano pequeño. Nico.

Nadia y el aventurero pez con patitas

MARTA GOLDAR LÓPEZ

Nadia corrió hacia el escaparate de la tienda de animales y pegó su cara al cristal como si pudiera atravesarlo.

—¡Por favor, cómprame un perro, mamá! —dijo Nadia.

Su madre le lanzó una mirada de reproche.

—Ni hablar; si no eres capaz de tener tu habitación ordenada, no creo que seas capaz de cuidar de un perro.

—¡No es lo mismo! Déjame demostrarte que puedo hacerlo...

—Está bien —dijo la madre de Nadia poniendo los brazos en jarras—. Si tanto quieres tener una mascota, te voy a comprar un pez.

Nadia hizo un mohín, disgustada.

—¿Un pez? Pero los peces son muy aburridos... No se les puede sacar de la pecera, no saben jugar y no se dejan acariciar.

—Lo tomas o lo dejas, Nadia. Ahora mismo no estás preparada para tener un perro.

☞ ÍNDICE



Tras una larga discusión, Nadia llegó a un acuerdo con su madre: si era capaz de cuidar bien de un pez, se ganaría el derecho a tener una mascota más entretenida.

Nadia entró en la tienda arrastrando los pies. Le gustaba admirar los brillantes colores de los peces, pero se cansaba de ellos rápidamente. Cuando intentaba que persiguiesen su dedo mientras lo movía rozando la superficie acristalada del acuario, ellos se limitaban a ignorarla o se apresuraban a esconderse. Definitivamente, los peces no eran nada divertidos.

Entonces Nadia vio algo que la dejó boquiabierto: al observar los expositores había reparado en un pez diferente a todos los demás. Parecía un pez rojo, pero, además, tenía unas patitas diminutas que usaba para desplazarse con gracia y soltura por el fondo del acuario.

—Veo que te has interesado por nuestro inquilino más especial —dijo el dependiente de la tienda cuando Nadia le preguntó por el pez con patitas—. Es una criatura muy extraña, pero parece que te ha cogido cariño.

El pez había trepado ágilmente hasta el borde del acuario y dio un gran brinco para posarse sobre el hombro de la niña.

—Tú y yo vamos a ser amigos, ¿verdad? —dijo Nadia, dirigiéndose al pez.

Él correteó en círculos a modo de asentimiento.

Poco más tarde, madre e hija salieron de la tienda, acompañadas de su nuevo amigo, que iba dando saltos sobre la cabeza de la niña.

—Tengo que pensar en cómo voy a llamarte —dijo Nadia mientras examinaba de cerca al pez.

Nadia se acordó de una imagen que solía ver con bastante frecuencia: la silueta de un pez con patas, en cuyo centro ponía el

nombre Darwin. Muchos coches llevaban una pegatina con este símbolo tan extraño que a Nadia siempre le había parecido hilariante.

—A partir de ahora te vas a llamar Darwin.
Darwin la miró con sus ojos muy redondos.

Nadia pronto descubrió que Darwin no podía pasar demasiado tiempo fuera del agua, pero ello no impidió que se convirtiera en su nuevo compañero de juegos. Incluso acompañaba a Nadia al colegio, lo cual daba mucho que hablar a profesores y alumnos.

A Nadia le gustaba imaginar que era una sirena y que Darwin y ella vivían juntos bajo el agua. Para dar más realismo al juego, solía fingir que se desplazaba nadando a todas partes, moviendo los brazos como si nadara a braza cada vez que caminaba. Darwin la seguía dando brincos y moviendo sus coloradas aletas en el aire. Eran la viva imagen de la felicidad.

Sin embargo, el tiempo que Nadia y Darwin podían dedicar a este juego se fue acortando, ya que Darwin necesitaba meterse en el agua de la pecera con cada vez mayor frecuencia y por periodos de tiempo cada vez más largos.

—Tranquila, es normal que necesite estar dentro del agua —le dijo la señorita Ana a Nadia cuando, un día, Darwin prefirió quedarse dentro de su pecera durante el recreo.

Nadia decidió hablar con su madre sobre el comportamiento de Darwin.

—A mí no me extraña que a veces no quiera jugar, los peces también se cansan —opinó la madre de Nadia durante la cena.

—No es solo eso... A veces me parece que está triste —dijo Nadia mientras removía la coliflor que tenía en el plato—. Tal vez esté echando de menos a los de su especie.

La madre de Nadia lanzó una carcajada.

—Nadia, hija mía, no creo que haya más de su especie. Yo nunca antes había visto una criatura semejante.

Nadia miró a Darwin, que estaba en su pequeña pecera redonda. El pez parecía tan triste como si él también tuviera que comer coliflor. El color de sus escamas había palidecido.

—Que tú no los hayas visto no significa que no existan —respondió Nadia—. Lo que pasa es que todavía nadie ha descubierto otros peces como Darwin. ¡Mañana voy a empezar a investigar! ¿Qué te parece eso, Darwin?

Darwin dejó escapar un hilo de burbujas por la boca, lo cual Nadia interpretó como un signo de excitación.

Al día siguiente, Nadia pasó por la tienda de animales para preguntarle al dependiente sobre Darwin. El hombre le contó que su mascota había sido encontrada por un guardabosque que trabajaba en un monte cercano. Nadia convenció a su madre para hacer una excursión a aquella zona ese mismo fin de semana. Como iba a hacer buen tiempo, no le costó mucho trabajo.

Durante el trayecto, Nadia tuvo que llevar a Darwin dentro de su pecera, porque este era capaz de salir de ella. Parecía más débil que nunca.

—Tranquilo, Darwin. Ahora vamos a buscar a tu familia —le decía Nadia para animarlo.

Cuando llegaron al lugar indicado, la madre de Nadia desplegó una hamaca sobre la hierba en lo alto de una colina y se tumbó para disfrutar del sol. Previno a Nadia de que no debía alejarse demasiado y se dispuso a relajarse.

Nadia se escabulló colina abajo llevándose a Darwin. Cuando estuvieron solos, Nadia levantó la pecera hasta situarla a la altura de sus ojos.



—Ahora es el momento, llévame hasta donde está tu familia —le dijo Nadia a su amigo.

Darwin no se inmutó y siguió nadando apáticamente dentro de su bola de cristal.

Sin perder el ímpetu, Nadia se adentró en el bosque que había al pie de la colina y caminó durante un rato entre los pinos sin ver nada en particular. Había decidido regresar para no perderse, cuando se llevó un susto, al ver Darwin había saltado de la pecera sin previo aviso, precipitándose hacia el bosque.

—¡Espérame, Darwin! —gritó la niña mientras intentaba dar alcance a su amigo.

Nadia abandonó la pecera y corrió tras Darwin hasta quedarse sin aliento. Cuando ya no podía más, se detuvo para tomar aire apoyando las manos en las rodillas. Al levantar la vista, se dio cuenta de que más adelante, entre los árboles, algo brillaba. Era un estanque.

Nadia se acercó con cautela. El estanque estaba rodeado de las criaturas más extrañas que jamás había imaginado. Había un erizo con púas de colores muy vivos, un zorro tan grande que parecía un lobo, unas ranas que saltaban tan alto que podían llegar hasta la copa de un árbol con un único impulso. Nadia reparó en que su amigo Darwin nadaba justo bajo la superficie del estanque con más energía que nunca.

De repente, un grupo de voces la sobresaltó. El zorro se había lanzado en dirección a unas perdicés que paseaban por allí.

—¡Aaah! ¡Nos quiere comer! ¡Socorrooooo!

A Nadia le sorprendió mucho darse cuenta de que eran las perdicés las que gritaban. La niña se apresuró a espantar al zorro, que, a pesar de ser tan grande, salió huyendo despavorido.

—Gracias, pequeña, nos has salvado —dijo una de las perdicés mientras se recolocaba las plumas.

—No hay de qué. ¿Podéis explicarme por qué hay criaturas tan raras cerca de este estanque?

—El agua tiene poderes mágicos gracias a la ninfa que habita en su fondo. Todo el que bebe de ella se transforma según sus deseos.

—¡Una ninfa! —Nadia no cabía en sí de entusiasmo—. Siempre he querido conocer a una ninfa.

—Pues no tienes más que sumergirte hasta el fondo del estanque y la encontrarás —dijo una perdiz.

Decidida, Nadia estudió el estanque; por suerte, no parecía muy profundo. Se quitó la ropa y se metió en el agua. Cogió aire y sumergió la cabeza. Abrió los ojos bajo el agua y vio a Darwin culebreando con alegría ante ella. La niña empezó a nadar hacia abajo.

El fondo resultó estar mucho más lejos de lo que parecía. Por mucho que Nadia nadara con todas sus fuerzas, las algas se apartaban a su paso para revelar un abismo cada vez más profundo. Nadia se dio cuenta de que estaba quedándose sin aire. Tuvo pánico por un momento, pero recordó que, mientras estuviera dentro del agua, podía formular un deseo. Haciendo acopio de valor, cuando ya no le quedaba aire, dio un gran trago y deseó con todas sus fuerzas ser capaz de respirar bajo el agua. Sus pulmones exigieron aire, así que abrió la boca y... milagrosamente, pudo respirar. Maravillada, Nadia continuó descendiendo, con Darwin muy cerca de ella.

La ninfa apareció súbitamente cuando Nadia había llegado tan abajo que los rayos del sol apenas lograban traspasar el agua. Tenía unos cabellos larguísimo que parecían algas y una piel de color verdusco. Sus ojos eran de color ámbar, y su expresión, amable y cálida.

—Gracias por traerme de vuelta a uno de mis protegidos, querida Nadia —dijo con una voz que la niña oía en su mente. Ella



no se preguntó cómo era posible que supiera su nombre; se sentía hipnotizada—. Tu amigo se había adaptado a la poderosa energía que irradia este lugar. Si se alejara durante demasiado tiempo, moriría.

Darwin, que andaba cerca, posó sus patitas dócilmente sobre la mano de la ninfa.

—Has cuidado muy bien de él. Veo que eres una niña que sabe valorar a todas las criaturas vivas, incluso a las que son diferentes a la mayoría. En agradecimiento, te voy a hacer un regalo muy especial. Toma.

La ninfa se arrancó uno de sus cabellos para entregárselo.

—Crea tu propio estanque y planta esto en el fondo. El agua se volverá mágica y nacerán en ella todo tipo de seres maravillosos. Tú deberás cuidar de ellos.

Tomando el cabello en sus manos con gran reverencia, Nadia prometió cuidar de todas las criaturas que aparecieran en su estanque mágico y comenzó a ascender hacia la luz, con Darwin tras ella.

Muchos años más tarde, Nadia aún conserva el poder de respirar bajo el agua. Se ha convertido en una científica que se dedica a observar, estudiar y proteger a todas las especies nuevas que aparecen en su estanque. Todo ello, por supuesto, acompañada de su fiel amigo Darwin, el pez con patitas.

Los aviadores

AMPARO LÓPEZ PASCUAL

Comenzaba abril y por todas partes había señales de sol y de buen humor.

Era el tiempo de los aviones de papel. Aviones de todos los colores y con hermosos estampados cruzaban el cielo durante las horas de clase, revoloteaban por los parques y acompañaban a los pájaros en los bulevares.

Los niños los fabricaban con hojas de cuadernos, periódicos y otros restos que encontraban en los cajones secretos de sus casas.

Desmemoriados, construían los primeros con torpeza, pero en pocos días sus manos se volvían maestras y no solo copiaban los modelos de los más hábiles sino que discurrían y probaban sus construcciones hasta hacer originales y complicados elementos que volarían más alto y más lejos que los de los demás. El ansia estaba en conquistar el cielo, no caer en picado, planear bien y mantenerse arriba cuanto más tiempo mejor.



Los niños salían a la calle con su supersónico en las manos dispuestos a lanzarlo a la menor oportunidad. Habían pasado horas decorando sus alas, tatuando con precisión todos los elementos con motivos de grandeza. Planeadores, jets, Concordes, aviones de combate y el complicado Nighthawk, halcón de la noche, que era el tipo de moda de la temporada, esperaban su bautizo de aire alineados sobre el escritorio como impacientes pájaros debutantes.

Y temían.

Porque tanto despliegue y trabajo no tenía sentido si empezaba a llover. Miraban al cielo por la noche, temblando por si la lluvia llegaba y no les daba tiempo a lucir su ejercicio. Los aviadores se quedaban junto a la ventana observando el color de las nubes, la sospechosa profundidad de algunas, con la esperanza de que la tregua durara un día por lo menos.

Conocían la derrota: a veces ocurría que lanzaban su prototipo sin pensar en el capricho del cielo y, en mitad del ejercicio, gotas como mazazos sacudían la tersura del papel y en un ataque sin piedad terminaban por hacerles caer en picado. Una gota recia era suficiente para torcer su rumbo y malograrse. Se desprendían del aire heridos y, cuando tocaban tierra, sus dibujos se habían emborronado y la tinta esparcida no dejaba ver los motivos de honor. Los pliegues de papel fino que formaban los aerodinámicos alerones se habían reblandecido y no servían para nada. En lugar de aviones parecían murciélagos abatidos.

«Pero la lluvia es buena», estaban hartos de oír en sus casas, a todas horas. En abril, aguas mil; favor del soberano, lluvia en verano; agua del cielo, el mejor riego.

Y ellos se mordían con rabia los labios pensando que no era cierto, que la lluvia era un enemigo implacable que les obligaba a resguardarse bajo los portales, dentro de las casas otra vez, e

impedía los despegues y los vuelos felices. La lluvia convertía sus pistas de aterrizaje en pantanos amenazadores y dificultaba cualquier maniobra para terminar un viaje con éxito.

«La lluvia es buena».

Y debajo de los porches algunos valientes intentaban los vuelos rasos, y también en los portales de las casas, de un piso a otro, en los pasillos o a lo largo de la escalera, lanzaban aviones que terminaban por estrellarse contra el cristal de la puerta de entrada. Esos ridículos vuelos de interior, domesticados, no podían compararse con el esplendor del aire libre de la calle.

Los más desesperados se mantenían en las ventanas por ver si escampaba y podían intentar un ensayo corto, aun a riesgo de que el aterrizaje fuera en un charco o en una zona demasiado empapada y tuvieran que resignarse a perder su máquina por esa maniobra final.

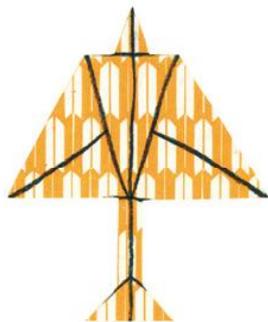
«La lluvia es buena y trae más lluvia y más luz y más enjambres». «La lluvia es la vida», decía todo el mundo sin pensar en la tristeza de los aviadores, que se dejaban los ojos en su rastreo suplicante al cielo. Imaginaban un mundo techado, un mundo en el que la lluvia resbalase por paredes de cristal y no impidiese jamás su aventura. Un mundo en el que no tuvieran que pensar en la meteorología.

Suspiraban. Llenaban sus cuartos con las piezas que iban recreando en los largos días lluviosos; colocaban los aviones por todas partes y sus padres se desesperaban viendo cómo la habitación se convertía en un hangar atestado.

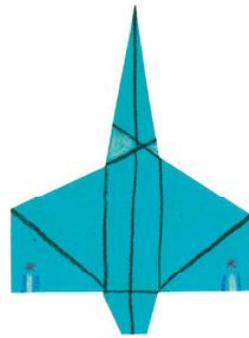
Los anaqueles, la cama, el escritorio, los muebles, todo estaba poblado de naves de colores, grandes, pequeñas, varadas en el tiempo eterno del agua, a la espera del despegue. Sus colores iban empalideciendo con los días y sus dueños hacían pequeñas intentonas dentro de casa, subidos a lo más alto, para atacar la nostalgia.



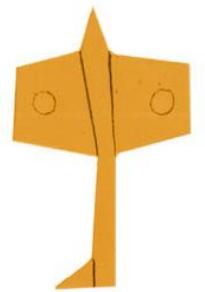
Nightawk



Planeador



Concorde



Delfin Cazador



Dardo Maldito



Guapardo Alado



Special Japan



Pacific



Jet



Sol Nocturno

«Pero la lluvia es buena, trae la vida, limpia las ciudades, las convierte en espejos», seguían diciendo los entendidos.

Pertrechados en los alféizares de las ventanas, en medio del aburrimiento, rodeados de aviones abatidos, se disponían a resignarse a la tiranía del agua de abril cuando percibían las primeras señales de un alboroto que llenaba la calle como si estuviera comenzando una gran fiesta.

¿Alguien podía ser tan feliz en estos días de mal tiempo?, ¿alguien podía alegrarse del agua, del chaparrón, del chubasco?

¿Por qué motivo semejante jolgorio?

Y entonces aparecían los otros: risas y gritos de felicidad anticipaban el revuelo de los niños que tomaban las calles cada vez que llovía. Eran los fabricantes de los barcos de papel, que aprovechaban los riachuelos, las cascadas y los charcos magníficos que el agua sabía formar en los mejores sitios, profundos, misteriosos, y que conocían bien la atracción del chapoteo. Los niños de los barcos con su magnífica flota durante tanto tiempo olvidada, construida con una sólida base de cartón para resistir el temblor de los arroyos, salían a gozar de su buen tiempo.

Los aviadores miraban envidiosos la procesión de navegantes. Los veían cantar alegremente salpicando con los pies en cada laguna. Llevaban sus preciosas naves entre las manos, con sus velas abiertas, sus mástiles y los hilos brillantes de los amarres al viento. Cantaban una canción de piratas. Una vieja canción que despertaba el ansia de aventuras. Uno llevaba en la mano el plano de un tesoro y repetía emocionado: ¡Esta vez lo encontraremos!

Mientras el agua se adueñaba del suelo, ellos gozaban de una misteriosa emoción. Imaginaban seres extraños que vivían en el lodo, algas que empezaban a crecer desmesuradamente y un mundo inmenso donde antes solo había tierra y piedras.

En medio del alboroto, se disponían a buscar un buen trayecto para sus barcos. Acomodados en las orillas de los arroyos que traía, desbordándose, el agua del deshielo, los preparaban enfilados para observar su belleza y su disciplina antes de zarpar. Les habían puesto nombres gloriosos: Libertad, Destino, Ambición, y se imaginaban un viaje a un lugar lejano al que ellos jamás llegarían.

De rodillas, empezaban a colocarlos sobre el agua, con delicadeza, como si estuvieran manejando filigranas de cristal. Esperaban el momento apropiado para lanzarlos a su destino. El momento en el que las manos darían el pequeño empujón a la popa y el barco iniciaría su trayecto.

Al principio se deslizaban torpemente; cualquier hierba les hacía virar o detenerse, pero ellos lo sabían y ayudaban con sus manos a eliminar los obstáculos, hasta que los barcos, como perritos adiestrados, se dejaban arrastrar por la corriente, sin olvidar ni un momento su elegancia altiva de naves intercontinentales.

Balandros, fragatas, corbetas, trasatlánticos se dispersaban arroyo abajo, charcos adentro, y los niños corrían tras ellos jaleando su suerte: «¡El mío, el mío, ese es el mío!».

Unos los encontrarían más abajo enganchados en una brizna o en un junco; otros llegarían a la orilla opuesta de las pequeñas lagunas, con éxito. Solo unos cuantos elegidos desaparecerían para siempre en ese misterio que es el agua que corre, que siempre está marchándose hacia algún lugar ignorado.

Y, quién sabe, tal vez llegaran al mar.

Los navegantes eran generosos y no les importaba perder sus naves si las imaginaban camino a un gran país, surcando medio mundo sin detenerse y sorprendiendo a la gente de alguna región inalcanzable.

Lanzaban adioses, gritando emocionados como si en los bar-



cos hubiera pasajeros que pudieran escuchar sus despedidas. Y luego, cuando desaparecían, volvían a sus casas con las manos vacías, seguros de haber puesto en marcha el mecanismo de una colosal aventura, y se preparaban para la próxima construcción de otra nave más grande, más perfecta y con más equilibrio que la que acababan de impulsar. Si había suerte, si seguía lloviendo.

Los aviadores, aún en sus ventanas esperando el momento propicio, los veían regresar agotados por el periplo. Miraban al cielo con la esperanza de alguna tregua pasajera que les dejara intentar sus despegues, entristeciéndose con la pesadez de las nubes grises y espesas que parecían no querer marcharse jamás. «La lluvia es buena, crea, construye la tierra».

Envidiaban al grupo de los navegantes que regresaban alegres calle arriba contando el camino probable que ya estarían tomando sus naves, a qué puertos llegarían, cuál sería su destino final. Hablaban de su victoria mientras el agua caía sobre ellos y resbalaba por sus ropas brillantes sin que sintieran la más leve molestia. Al contrario, parecían hechos de agua, ser parte del diluvio.

Los chicos de los aviones no dejaban de mirarlos mientras hablaban de sus futuros planes en medio del aguacero. No parecía importarles nada más que su próxima aventura río abajo, y envidiaban aquella conformidad con la pérdida de sus naves, lo fácil que les resultaba despedirse de sus artefactos sin pena, sabiendo que en aquel viaje estaba toda la dicha.

Por fin cruzaban sus miradas. Unos, arriba, en las ventanas silenciosas de las casas; otros, abajo, en las calles convertidas en lenguas de agua cantarina. Los aviadores, en esos momentos, dudaban si habrían hecho bien al elegir su frágil destino en el aire y no en el agua, cuando observaban en los ojos de los navegantes el destello triunfal de los grandes descubridores.

EDICIÓN
Fundación Canal

COORDINACIÓN
Fundación Canal
This Side Up

ILUSTRACIONES
Inés Sánchez Nadal

DISEÑO
Bruno Lara

IMPRESIÓN
Crutomen

© de la edición: Fundación Canal, 2014
© de los textos: sus autores
© de las imágenes: Inés Sánchez Nadal

DL: M-30215-2014

Fundación Canal
Mateo Inurria, 2
28036 Madrid
Tel: +34 91 545 15 01

www.fundacioncanal.com